

LA HORA DE LA ARAÑA

LOS

IMPERDIBLES

OTROS LIBROS DE
JAMES PATTERSON EN DUOMO:

Vías cruzadas

JAMES PATTERSON

LA HORA DE LA ARAÑA

Traducción de D. N. Bentolila



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2017

Título original: *Along Came a Spider*

© 1992, James Patterson

© 2017, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

© 2017, de la traducción: D. N. Bentolila

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Little, Brown and Company, Nueva York, Estados Unidos.

Todos los derechos reservados

Primera edición: enero de 2017

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-33-0

Código IBIC: FA

DL B 23976-2016

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
David Pablo

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Prólogo

VAMOS A CONTAR MENTIRAS

NUEVA JERSEY, CERCA DE PRINCETON, MARZO DE 1932

LA FINCA de Charles Lindbergh, iluminada por una fuerte luz de tonos naranja, parecía un castillo en llamas en esa oscura y lóbrega región de Jersey, una zona repleta de espesos bosques de abetos y donde un muchacho, a quien la niebla húmeda le rozaba la cara, se acercaba a su primer momento de auténtica gloria: iba a cometer su primer asesinato.

La noche era oscura como boca de lobo; el terreno estaba cubierto de charcos y de barro, algo que el muchacho había previsto, tal como lo había previsto todo, incluso el tiempo.

Llevaba puestas unas botas de la talla cuarenta y cuatro, cuyas puntas y talones había rellenado con trozos de tela y páginas del *Philadelphia Inquirer*.

Quería dejar huellas, un montón de huellas. Las huellas de un hombre; no las de un adolescente de doce años. Quería dejar huellas desde la carretera del condado, la Stoutsbur-Wertsville Road, hasta la finca y luego, otra vez, de vuelta a la carretera.

El muchacho sintió frío. Estaba a apenas treinta metros de la finca, al lado de unos cuantos pintos. Desde el lugar en que se encontraba le pareció tan enorme como se la había imaginado: siete dormitorios y cua-

tro cuartos de baño solamente en el segundo piso. Así de grandiosa era la casa de campo de los afortunados Lindy y Anne Morrow.

«Imbéciles», pensó.

Se fue acercando palmo a palmo hasta la ventana del comedor. Se sentía fascinado por eso que se conoce con el nombre de fama. Había pensado en ello mucho tiempo. ¿Cómo era realmente la fama? ¿A qué olía? ¿Qué gusto tenía? ¿Cómo era la fama cuando se la miraba de cerca?

Charles Lindbergh, Lindy, «el hombre más famoso y más encantador del mundo», estaba ahí, sentado a la mesa. Era alto, elegante; tenía un espléndido cabello rubio y buen físico. Parecía realmente estar por encima de todo el mundo.

Lo mismo su mujer, Anne Morrow Lindbergh, que tenía el cabello corto, rizado y negro, lo cual hacía que su piel pareciera blanca como la tiza, con la luz de las velas danzando a su alrededor.

Vistos así, sentados muy tiesos en las sillas, eran como seres superiores, elegidos de Dios. Mantenían la cabeza erguida y comían con delicadeza.

El muchacho se esforzó para ver qué había sobre la mesa: parecían costillas de cordero servidas en una suntuosa fuente de porcelana.

—Seré más famoso que vosotros dos, estúpidos carca-males —murmuró el muchacho. Se lo había prometido a sí mismo. Había previsto y repasado cada detalle de su plan más de mil veces. Puso manos a la obra metódicamente.

Cogió una escalera de madera que había junto al garaje, y, sujetándola con firmeza contra sí, avanzó hasta

colocarla detrás de la ventana de la biblioteca. Subió, sin hacer ruido, hasta el cuarto de los niños. El pulso se le había acelerado y el corazón le latía con tanta fuerza que casi podía oírlo.

La luz de una lámpara iluminaba el cuarto del bebé desde el pasillo. Pudo ver la cuna y al pequeño príncipe dormido: Charles Júnior, «el niño más famoso del mundo».

A un lado de la cuna, un biombo de colores con dibujos de animalitos lo protegía de las corrientes de aire.

El muchacho se sintió astuto, malicioso.

–Aquí viene el señor zorro –murmuró mientras abría la ventana.

Subió otro peldaño y entró finalmente en el cuarto del niño.

De pie junto a la cuna, se quedó un momento mirando al principito. Sus rizos rubios se parecían a los de su padre, pero el niño era... gordo. El pequeño Charles Lindbergh era un gordinflón de sólo veinte meses.

El muchacho ya no pudo controlarse. Todo su cuerpo comenzó a temblar de furia, y sentimientos de frustración y de rabia se entremezclaron con la alegría más increíble que sintió en su vida.

«Bueno, pequeño niño de papá, nos ha llegado la hora», se dijo.

Sacó del bolsillo una pelotita de goma atada a una cinta elástica que pasó rápidamente por encima de la cabeza del bebé, justo cuando éste abría sus pequeños ojos azules.

Cuando el niño empezó a llorar, el muchacho le metió la pelotita de goma en la boca entreabierta. Des-

pués, se inclinó sobre la cuna, cogió al bebé en brazos y volvió rápidamente hacia la ventana. Todo estaba saliendo de acuerdo con el plan.

El muchacho bajó por la escalera y corrió a través del campo, con el precioso bulto que se revolvía en sus brazos, hasta que desapareció en la oscuridad.

A menos de tres kilómetros de la finca, enterró al mimado bebé; lo enterró vivo.

Ése fue sólo el comienzo de muchas otras cosas. Después de todo, era apenas un muchacho. Fue él, no Bruno Richard Hauptmann, quien secuestró al bebé de los Lindbergh. Él lo había hecho todo; él solo.

«Imbéciles.»

Primera parte

MAGGIE ROSE
Y *GAMBITA* GOLDBERG

(1992)

CAPÍTULO

1

A PRIMERA HORA DE LA MAÑANA del 21 de diciembre de 1992 me encontraba, rebotante de alegría, en la terraza cubierta de nuestra casa de la Calle 5 de Washington D.C. El pequeño y estrecho cuarto estaba atiborrado de abrigos húmedos, botas de trabajo y montones de juguetes medio desperdigados por el suelo, pero no me importaba lo más mínimo: estaba en casa.

Empecé a tocar una obra de Gershwin en nuestro piano, que, aunque entonces sonaba ligeramente desafinado, alguna vez había sido un piano de gran clase. Habían pasado unos minutos de las cinco de la mañana y hacía un frío gélido; aun así, estaba dispuesto a sacrificarme un poco para interpretar unos compases de *Un americano en París*. Sonó el teléfono de la cocina. «A lo mejor he ganado la lotería de Washington, o la de Virginia o de Maryland –pensé–, y se han olvidado de avisarme.» Normalmente compro billetes de esas tres loterías con bastante mala suerte.

–Nana, ¿puedes cogerlo? –grité desde la terraza.

–Es para ti, así que cógelo tú mismo –respondió mi abuela, algo malhumorada–. No vale la pena que vaya

yo también, y cuando digo que no vale la pena, quiero decir que no vale la pena.

No fue exactamente eso lo que dijo, pero seguramente fue algo parecido.

Me abrí paso hasta la cocina tropezando con más juguetes, con las piernas rígidas como era habitual en mí por las mañanas. En esa época tenía treinta y ocho años. Y como suele decirse, si hubiera sabido que iba a vivir tanto, me habría cuidado más.

La llamada resultó ser de mi compinche y colega John Sampson. Sampson sabía que iba a encontrarme despierto. Me conoce mejor que mis propios hijos.

–Buenos días, cariño. No te despierto, ¿verdad?

No me hacía falta ninguna otra identificación. Sampson y yo éramos íntimos amigos desde que teníamos nueve años y nos dedicábamos a robar en la tienda de Park, cerca de los bloques de viviendas de protección oficial donde vivíamos. Por aquella época no teníamos ni idea de que el viejo Park nos habría pegado un tiro si nos hubiera descubierto robándole un paquete de Chesterfield. Mi abuela nos habría hecho algo peor si se hubiera enterado de nuestras excursiones delictivas.

–Pues casi casi me pillas en la cama –le respondí–. Anda, cuéntame algo bonito.

–Se ha cometido otro asesinato. Parece que nuestro hombre ha vuelto a las andadas –dijo Sampson–. Están esperándonos. La mitad del mundo libre ya está aguardando en el lugar del crimen.

–Es demasiado temprano para ir a la carnicería –murmuré. Sentía que el estómago se me empezaba a revol-

ver-. No es así como me gusta empezar el día. Mierda. No me jodas.

Nana Mama me miró por encima de una taza de té caliente y un plato de huevos no demasiado cocidos. No le gustaban mis reniegos y me dirigió una mirada de enfado, algo escandalizada por mi vocabulario. Ya estaba vestida para ir a la escuela dominical, donde todavía, a sus setenta y nueve años, sigue trabajando como voluntaria. Sampson continuaba dándome detalles escabrosos de los primeros asesinatos del día.

-Cuida tu vocabulario, Alex -dijo mi abuela-. Por favor, te ruego que midas tus palabras si piensas seguir viviendo en esta casa.

-Estaré ahí en unos diez minutos -dije a Sampson. Colgué y le dije a Nana-: Aquí mando yo.

Mi abuela emitió un gemido, como si oyera esa terrible noticia por primera vez.

-Se ha cometido otro terrible asesinato en Langley Terrace -le dije-. El asesino parece salido de una película de terror. Y me temo que es verdad.

Nana Mama me miró un instante con sus dulces ojos castaños. Su cabello blanco era como uno de esos antimacasares con los que cubre los sillones del salón.

-¡Oh, Dios! ¡Cuánta maldad! ¡Ese barrio es horrible! Los políticos han conseguido que ya no podamos vivir en nuestra ciudad. Te juro que a veces pienso que tendremos que irnos de Washington, Alex.

-A veces yo también lo pienso, pero probablemente tengamos que descartar esa idea.

-Sí -dijo Nana-. Los negros sabemos aguantar. Perseveramos. Sufrimos en silencio.

–No siempre en silencio –le dije.

Para entonces ya había decidido ponerme la vieja chaqueta de *tweed*. Era un día de asesinatos, y eso quería decir que tendría que vérmelas con blancos. Sobre la chaqueta me puse la vieja cazadora de Georgetown, que llama menos la atención en el barrio.

En el escritorio, cerca de la cama, había una foto de Maria Cross. Hacía tres años que mi mujer había sido asesinada en un tiroteo callejero. Ese asesinato, como la mayoría de los que se cometen en el Southeast, había quedado sin resolver.

Le di un beso a la abuela antes de salir por la puerta de la cocina, algo que hago desde que tenía ocho años. También nos decimos adiós, sólo por si no volvemos a vernos nunca. Así ha sido durante más de treinta años, desde que Nana Mama me recogió y decidió hacer de mí un buen chico.

Hizo de mí un detective de la Brigada de Homicidios, doctorado en psicología, que vive y trabaja en los guetos de Washington D.C.

CAPÍTULO

2

MI CARGO OFICIAL es el de jefe adjunto de la Brigada de Detectives, cargo que, en palabras de Shakespeare y de Faulkner, no es más que un montón de sonido y de furia, es decir, nada. Si le hacemos caso al cargo, soy la sexta o la séptima persona en orden de importancia en el Departamento de Policía de Washington. Aunque no es así en realidad. Sin embargo, la gente siempre espera que yo aparezca cuando se comete un asesinato en esta ciudad.

Tres de los clásicos coches azules y blancos de la policía metropolitana de Washington D.C. estaban aparcados de la peor manera posible frente al número 41-15 de Benning Road. Junto a ellos había una unidad móvil de laboratorio y una ambulancia del servicio médico de urgencias que en la puerta llevaba pintada, con letras de alegres colores, la palabra MORGUE.

Los bomberos habían hecho su aparición en la casa donde se habían cometido los asesinatos. Unas cuantas vecinas con los abrigos echados por encima de las batas y rulos azules y rosas en el cabello, se asomaban a los porches temblando de frío.

La casa estaba pintada de un alegre azul caribe. Había un viejo Chevrolet en la entrada. Parecía abandonado: tenía el cristal de una ventanilla rota y había sido cubierta con un cartón.

–¡Qué mierda! –dijo Sampson–. Yo me vuelvo a la cama. Acabo de darme cuenta de la porquería que nos espera. Me parece que estoy empezando a odiar este trabajo.

–A mí me encanta este trabajo. Me encanta trabajar en la Brigada de Homicidios –repuse con una mueca burlona–. ¿Lo ves? Ya está todo el mundo en su lugar. Ahí está el forense y también los muchachos del laboratorio móvil. Por cierto, ¿conoces a ese que viene hacia nosotros?

Un sargento blanco, embutido en una gruesa parca azul oscuro con cuello de piel y con las manos bien medidas en los bolsillos, se acercó a Sampson y a mí mientras nos dirigíamos a la casa.

–¿Sampson? ¿Detective Cross?

El sargento hizo sonar la mandíbula inferior como lo hacen algunos cuando intentan destaparse los oídos en los aviones. Sabía perfectamente quiénes éramos y que formábamos parte del GEI, el Grupo Especial de Investigación. Solamente quería molestarnos.

–¿Qué *passsa*, tío? –A Sampson no le gusta mucho que lo molesten.

–*Señor* Sampson –le dije al sargento–. Yo soy el jefe adjunto, Alex Cross.

El sargento era un gordinflón de aspecto irlandés que parecía un superviviente de la guerra de Secesión y tenía una cara como un pastel de bodas que alguien hubiera

dejado bajo la lluvia. Tampoco se lo veía un tipo capaz de comprarse una chaqueta de *tweed* como la mía.

–Que se nos están congelando los cojones, eso es lo que pasa.

–Pues mejor que te los dejes en casa –le aconsejó Sampson.

–Que te den morcilla –respondió el sargento. Era todo un placer conocer al Eddie Murphy blanco.

–Este tío es un rayo contestando. ¿Lo has oído? –dijo Sampson.

No es por nada, pero Sampson y yo somos dos tíos cachas. Vamos al gimnasio casi todos los días. Juntos debemos de pesar unos doscientos veinte kilos, así que, si nos lo proponemos, podemos intimidar a la gente. En nuestro trabajo a veces es necesario.

Yo mido solamente un metro noventa, pero John mide metro noventa y ocho y aún no ha terminado de crecer. No va a ninguna parte sin sus gafas oscuras Wayfarer. A veces se pone un sombrero Kangol bastante viejo o se ata un pañuelo amarillo en la cabeza. Hay quien lo llama John-John, porque es tan grande que podría ser dos John.

Adelantamos al sargento y entramos en la casa. Se supone que nuestro grupo de élite debe estar siempre a la altura en este tipo de combates, y a veces lo conseguimos.

Un par de polis de uniforme ya habían estado mero-deando por la casa. Una vecina asustada había llamado a la comisaría a eso de las cuatro y media. Creyó que había descubierto a un ladrón. La mujer padecía insomnio, algo habitual en el barrio.

La pareja de la patrulla nocturna encontró los tres cadáveres en la casa. Cuando lo comunicaron les dijeron que esperaran hasta que llegara el GEI. El grupo está formado por ocho oficiales negros que supuestamente el departamento se reserva para los asuntos interesantes.

La puerta de entrada a la cocina estaba entreabierta. La abrí de par en par. Las puertas de todas las casas tienen un sonido único cuando se abren y se cierran. Ésta se quejaba como un viejo reumático.

La vivienda estaba a oscuras. El viento se colaba por la puerta y en el interior pude oír algo parecido a un golpeteo.

—No hemos encendido las luces, señor —dijo uno de los policías detrás de mí—. Usted es el doctor Cross, ¿verdad?

Asentí.

—¿Estaba la puerta de la cocina abierta cuando llegasteis? —pregunté, volviéndome hacia uno de los de la patrulla. Era un hombre blanco, con cara de niño, pero se dejaba crecer un pequeño bigote para compensar. Debía de tener unos veintitrés o veinticuatro años y esa mañana se lo veía realmente asustado. La verdad es que no podía menos que comprenderlo.

—No, señor; no hay señales de que la hayan forzado. No estaba cerrada con llave.

El policía estaba muy nervioso.

—Ahí dentro hay un verdadero desastre, señor. Toda una familia asesinada.

Uno de los policías de la patrulla encendió una potente linterna de aluminio que nos permitió echar una primera ojeada a la cocina: una mesa de formica bara-

ta y sillas verdes de vinilo haciendo juego, un reloj de pared de Bart Simpson negro, como los que se ven en los escaparates de todos los grandes almacenes. Pude detectar olor a Don Limpio y a grasa combinados en una mezcla extraña, aunque no insoportable. A lo largo de mis años como detective de homicidios había tenido ocasión de oler cosas mucho peores.

Sampson y yo nos quedamos inmóviles unos momentos, tratando de recomponer la situación en que el asesino pudo haberse encontrado unas horas antes.

–Estuvo aquí –dije–, justo en este lugar. Entró por la cocina. Estuvo aquí donde estamos nosotros ahora.

–No hables así, Alex –dijo Sampson–. Me pones nervioso.

No importa cuántas veces uno haya hecho este tipo de trabajo; no por eso resulta más fácil. Nadie quiere entrar en las casas donde se han cometido asesinatos. Nadie quiere tener más pesadillas.

–Los cuerpos están arriba –dijo el policía del bigote, que también nos dio los nombres de las víctimas, una familia de apellido Sanders. Dos mujeres y un niño pequeño.

Su compañero, un negro de baja estatura pero de buen tipo, seguía sin abrir la boca. Su nombre era Butchie Dykes. Yo ya lo había visto en la comisaría y era un poli joven y sensible.

Antes de entrar, los cuatro respiramos hondo. Sampson me dio una palmada en el hombro. Sabe que me impresionan los cadáveres de niños asesinados.

Los tres cuerpos estaban en la planta de arriba, en el primer dormitorio, justo al lado de las escaleras.

Primero vi a la madre, Jean *Poo* Sanders, una mujer de treinta y dos años, incluso muerta, el rostro mostraba su sufrimiento, con grandes ojos castaños, pómulos salientes y labios carnosos que ya se habían vuelto púrpura. Tenía la boca totalmente abierta, como si hubiera muerto gritando.

La hija de Jean, Suzette Sanders, catorce años en esta tierra. Me pareció una joven más guapa que su madre, con el cabello trenzado, atado con una cinta color malva, y un pequeño pendiente en la nariz para aparentar mayor edad. El asesino la había amordazado con unas medias de color azul oscuro.

El hijo menor, Mustaf Sanders, de tres años, yacía boca arriba, las pequeñas mejillas salpicadas de lágrimas. Llevaba puesto un pijama tipo pelele, similar al que usaban mis niños.

Como había dicho Nana Mama, me encontraba en un barrio asqueroso de una localidad que alguien había convertido en una ciudad asquerosa. En este grande y asqueroso país nuestro. La madre y la hija estaban atadas a los pies de una cama de bronce de imitación, y para ello habían utilizado ropa interior de satén, medias negras y rojas y sábanas floreadas.

Saqué del bolsillo mi grabadora de audio y me dediqué a registrar mis primeras impresiones.

«Casos H234-914-916. Madre, hija adolescente, niño de tres años. Las mujeres han sido acuchilladas con un objeto muy afilado, probablemente una navaja. Les han cortado los pechos, pero no están por ninguna parte. Vello púbico de las mujeres afeitado. Puñaladas múltiples, del tipo de las que los especialistas en este

tipo de patologías llaman «marcas de rabia». Mucha sangre y materia fecal. Parece que las dos mujeres, tanto la madre como la hija, eran prostitutas. Las había visto alguna vez por el barrio.»

Mi voz sonaba como un zumbido monótono. Pensé que no llegaría a entender lo que había grabado.

«El cuerpo del pequeño parece arrojado involuntariamente a un lado de la cama. Mustaf Sanders lleva puesto un pijama heredado estampado con figuras de ositos. No es más que un pequeño montoncito humano en la habitación.»

No pude evitar emitir un gemido mientras miraba al pequeño, sus ojos tristes, sin vida, fijos en los míos. Dentro de mi cabeza, un ruido que no cesaba. El corazón me dolía. Pobre Mustaf, quienquiera que seas.

–No creo que el asesino tuviera la intención de matar al niño –le dije a Sampson–. El asesino o... la asesina.

–O la cosa, Alex. Te apuesto a que es una *cosa*, la misma cosa que cometió los asesinatos en Condon Terrace esta misma semana.